

Edición de M.^a Josefa Iglesias Ponce de León, Rogelio Valencia Rivera y Andrés Ciudad Ruiz

NUEVAS CIUDADES, NUEVAS PATRIAS. FUNDACIÓN Y RELOCALIZACIÓN DE CIUDADES EN MESOAMÉRICA Y EL MEDITERRÁNEO ANTIGUO



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS MAYAS

PUBLICACIONES DE LA S.E.E.M. NUM. 8

**NUEVAS CIUDADES, NUEVAS PATRIAS.
FUNDACIÓN Y RELOCALIZACIÓN DE CIUDADES
EN MESOAMÉRICA Y EL MEDITERRÁNEO ANTIGUO**

Editores:

M.^a Josefa Iglesias Ponce de León
Rogelio Valencia Rivera
Andrés Ciudad Ruiz

Sociedad Española de Estudios Mayas

Sociedad Española de Estudios Mayas
Dep. Historia de América II (Antropología de América)
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense
Madrid 28040

Teléfono: (34) 91394-5785. Fax: (34) 91394-5808
Correo-e: seem@ghis.ucm.es
<http://www.ucm.es/info/america2/seem.htm>

© SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS MAYAS
ISBN: 84-923545-4-2
Depósito legal: M. 41.854-2006
Compuesto e impreso en Fernández Ciudad, S. L. Coto de Doñana, 10. 28320 Pinto (Madrid)

REALIDADES NUEVAS, CIUDADES NUEVAS:
CONSIDERACIONES DEFENSIVAS EN LA URBANIZACIÓN
EN CENTRO DE MÉXICO DURANTE EL PERIODO
EPICLÁSICO

Richard A. DIEHL
Universidad de Alabama

*Este ensayo está dedicado a la memoria de
Alba Guadalupe Mastache, querida amiga, gran
antropóloga, e infatigable investigadora de los Toltecas*

INTRODUCCIÓN

Las poblaciones prehispánicas del Centro de México destacaron por formar parte de una tradición sumamente urbana sin interrupción desde el Formativo Tardío (circa 300 a.C.) hasta la llegada de los españoles (Charlton y Nichols 1997; Sanders *et al.* 1979). Aunque durante estos siglos tuvieron lugar muchos cambios, tanto en el grado de urbanismo como en el tamaño y complejidad de los centros urbanos, siempre existieron ciudades con poblaciones mínimas de diez mil personas. Entre ellas, se puede nombrar a Cuicuilco, Teotihuacan, Cholula, Cantona, Teotenango, Xochicalco, Tula, Tenochtitlán-Tlatelolco, Texcoco y otros centros aztecas. Este ensayo está dedicado a ciertos aspectos de esta tradición urbana durante el Epiclásico, el periodo que abarca los tres siglos posteriores a la caída de Teotihuacan (Diehl y Berlo 1989; Jiménez 1966; Webb 1978), y más específicamente está enfocado hacia el papel que jugaron los conflictos y las consideraciones de defensa en la fundación inicial las ciudades epiclásicas de Xochicalco (Morelos) y Tula (Hidalgo).

El Centro de México abarca la región que William T. Sanders ha denominado *Central Mexican Symbiotic Region* (Sanders 1956), e incluye el Valle de México y porciones colindantes de los estados de México, Hidalgo, Morelos, Puebla y Tlaxcala. La región se compone de altas montañas que rodean fértiles valles y son capaces de sostener poblaciones densas, sobre todo si éstas aprovechan los recursos hidráulicos con sistemas del riego, terrazas y otras formas de agricultura intensiva.

EL EPICLÁSICO EN CENTRO DE MÉXICO

El periodo Epiclásico, también conocido como Clásico Tardío, Proto-posclásico y *Second Intermediate Period Phase One*, entre otros términos, se fecha desde 550/650 hasta el 900 d.C. (Fig. 1). En el Centro de México el Epiclásico está marcado por la decadencia de la gran urbe de Teotihuacan y el auge de nuevos centros situados en lo que antes eran territorios periféricos al estado teotihuacano (Fig. 2). Aunque algunos arqueólogos consideran estos siglos como un «puente cultural» entre la caída de Teotihuacan y el surgimiento de Tula, tal visión tiende a menospreciar y disminuir su importancia como una época dinámica y de suma trascendencia en la vida política y cultural de la región.

Según Diehl y Berlo (1989: 3), las cuatro características básicas que definen el Epiclásico serían las siguientes:

1. Surgimiento de nuevos centros urbanos como Xochicalco, Cacaxtla y Tula, y la continuación de otros centros con raíces en el periodo Clásico, tales como la Teotihuacan epigonal, Cholula, Teotenango y Cantona.
2. Notables migraciones y cambios en el tamaño y la distribución de las poblaciones regionales.
3. Innovaciones importantes en las creencias y prácticas religiosas, el arte, la arquitectura, e incluso en los aspectos domésticos.
4. Nuevos patrones comerciales, tanto locales como de larga distancia.

Los nuevos centros se han conceptualizado como ciudades-estado (Charlton y Nichols 1997) y también como *altepetl* (Hirth 2003a), dos conceptos que pueden aclarar muchas de las incertidumbres que tenemos sobre el Epiclásico en el Centro de México, pero a las cuales no vamos a dedicar atención en este ensayo. Aunque algunos arqueólogos han propuesto que el Epiclásico dio luz a los primeros

1200		Aztec	Atlatongo		Fuego
1100	Postclásico Temprano				
1000		Mazapan	Mazapan	Mazapan	Tollan
900			Xometla	Coyotlatelco	
	Epiclásico				Terminal Corral Corral Prado
800		Coyotlatelco	Oxtotipac	Proto-Coyotlatelco	
700			Metepec	Teotihuacan IV	
600	Clásico	Metepec		Teotihuacan IIIa	La Mesa
500			Xolalpan	Teotihuacan III	Chingu
400		Xolalpan		Teotihuacan IIa-III	Classic
300			Tlamimilolpa	Teotihuacan IIa	

Fig. 1.—Tabla cronológica arqueológica del Centro de México.

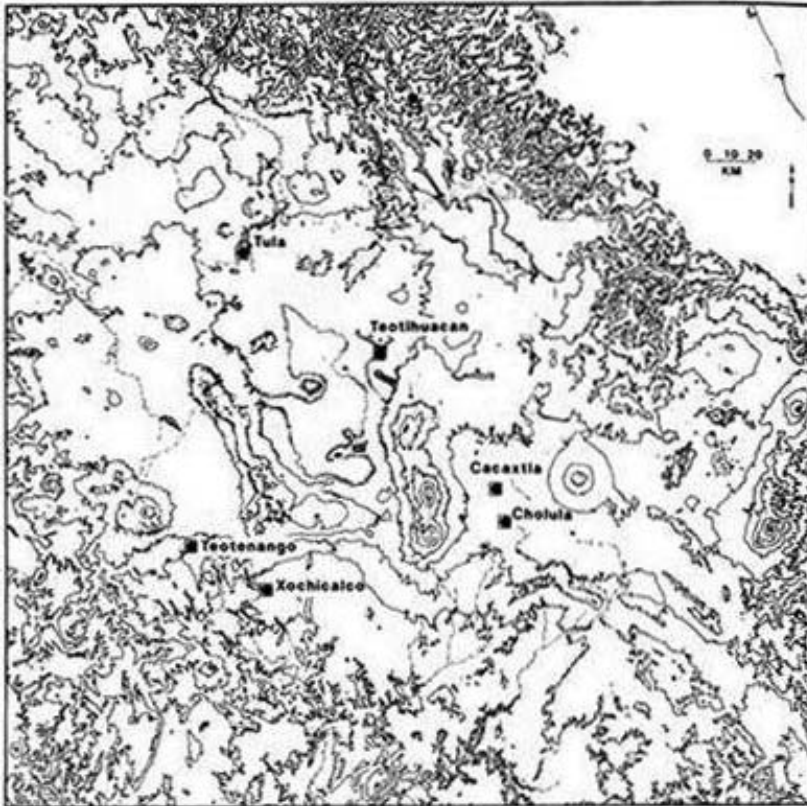


Fig. 2.—El Centro de México con los sitios epiclásicos más importantes (adaptado de Charlton y Nichols 1997: fig. 11.10).

estados-tributarios basados en la conquista y la extracción sistemática de tributo, otros consideran que tales formaciones políticas existían en Mesoamérica mucho antes.

EL CASO DE TEOTIHUACAN

Teotihuacan fue la primera mega-ciudad en el territorio mesoamericano. Su historia y su papel en la cultura mesoamericana son tan conocidos que no es necesario repetirlo aquí. No sólo era la ciudad más grande y la sociedad más poderosa de la época, sino que su sombra se expandió hacia el futuro, afectando a todas las culturas subsecuentes de la Mesoamérica occidental, como ha señalado

Rene Millon: «*When it is was at its apogee, Teotihuacan influenced the entire civilized world of Mesoamérica. When the city fell, the repercussions of its fall were so great for most of Mesoamérica that we can say Teotihuacan was as influential in its death as it had been during its life*» (Millon 1972: 336).

La medida de su influencia se puede apreciar claramente en el grado de conflicto que generó su decadencia y caída, y las disposiciones defensivas que los fundadores de los centros nuevos tuvieron que tomar para protegerse durante estos siglos. La fase final de la gran urbe clásica es conocida como Metepec, y sus fechas están aún en discusión, pero el consenso más aceptado la sitúa entre 550 y 650 d.C. Al final de esta Fase Metepec hay numerosas evidencias de conflicto dentro de la ciudad, incluyendo los hechos siguientes:

1. Gente desconocida que saquea y quema muchos, si no todos, de los templos, palacios y otros edificios públicos, los cuales nunca se reconstruyeron ni reocuparon.
2. La población descendió rápidamente, desde más de 100.000 a 30.000 almas (Cowgill 1997, 2000; Millon 1988, 1992).

Algunos arqueólogos postulan una gran continuidad biológica de población entre la Fase Metepec y el Epiclásico, mientras que otros proponen una corta época de abandono total, seguida por una reocupación a cargo de inmigrantes que utilizaban cerámica del estilo Coyotlatelco. El origen más aceptado para tales inmigrantes sería la región norte-central de México y la frontera septentrional de Mesoamérica, específicamente los estados de Guanajuato, Jalisco y San Luis Potosí, aunque puede ser que otros pobladores emigraran desde localidades más cercanas, como el sur de Hidalgo y el estado de Puebla. Sea como fuere, es importante recordar que Teotihuacan seguía siendo la ciudad más grande en Mesoamérica hasta el surgimiento de Tula en el siglo X (Diehl 1989).

La verdad histórica está enmarañada por el enigma que supone el origen de la cerámica Coyotlatelco, un conjunto de problemas demasiado complicado para tratar con detalle en esta ocasión, pero, siguiendo a Ann Cyphers, hay tres hipótesis para el origen de la cerámica Coyotlatelco:

1. Fue introducida por invasores procedentes del Bajío.
2. Se desarrolló en el valle de México a partir de tipos clásicos ya existentes en Teotihuacan.
3. Sus orígenes se deben a interacciones con gente olmeca-xicalanca de Puebla y Tlaxcala (Cyphers 2000: 12).

En 2005 se llevó a cabo en México una Mesa Redonda sobre este problema, y podemos anticipar que la publicación resultante aportará nueva luz sobre este enigma.

EL CASO DE XOCHICALCO

Xochicalco es una de las ciudades más importantes y fascinantes del Centro de México precolombino. Famosa desde hace dos siglos por su Templo de Quetzalcoatl y las lápidas esculpidas que lo adornan, Xochicalco nos proporciona actualmente una amplia evidencia sobre las violentas condiciones de su nacimiento y su muerte, gracias a las recientes investigaciones llevadas a cabo por equipos de arqueólogos mexicanos y norteamericanos (González *et al.* 1995; Hirth 2000, 2003b; Hirth y Webb 2003).

Según Hirth (2000: 68-87) la ciudad epiclásica se remonta a los inicios del periodo Gobernador (650-900 d.C.), cuando una confederación de 6 o 7 grupos colonizó las cimas y laderas de tres prominencias del Cerro Xochicalco escogidos por sus características defensivas. Es casi seguro que la fundación fue una respuesta, de una manera u otra, a los cambios que se estaban llevando a cabo en Teotihuacan y el Valle de México. La ciudad alcanzó una población máxima de 9.000-15.000 habitantes, densamente concentrados en unos 4 km² sobre los cerros y las terrazas artificiales construidas en sus laderas (Fig. 3). No cabe duda que los

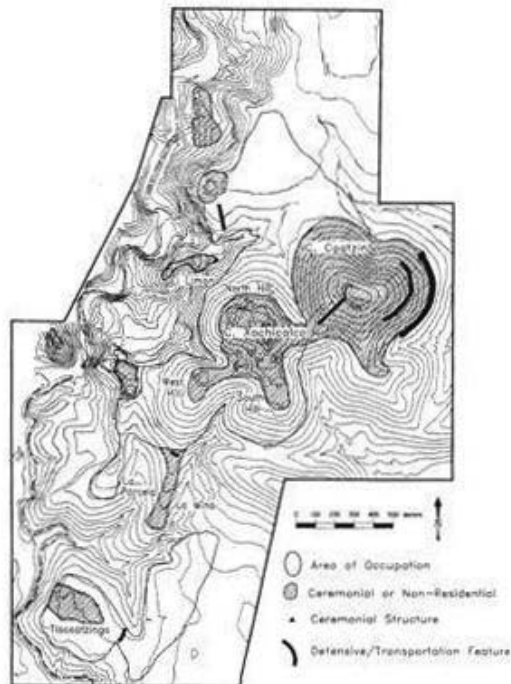


Fig. 3.—Plano de Xochicalco al final de la fase Gobernador (adaptado de Hirth 2000: fig. 5.4).

fundadores escogieron el lugar por sus posibilidades defensivas, a pesar de que se encontraba lejos, tanto del agua como de buenas tierras cultivables, rutas de transporte y otros recursos deseables.

Además de aprovechar sus cualidades defensivas naturales, los fundadores de Xochicalco aumentaron sus defensas construyendo muros, profundas trincheras, terrazas cubiertas de habitaciones y caminos. Al mismo tiempo glorificaron el papel esencial que jugaban los guerreros en la sociedad xochicaltense, adornando sus templos con sus representaciones. Como apunta el refrán español «el que a hierro mata a hierro muere», por ello no debe sorprendernos saber ahora que la ciudad acabó en una gran conflagración de fuego y muerte. Según Hirth y Webb (2003), ya por el año 900 invasores o rebeldes saquearon y quemaron los templos y otros edificios públicos, dejando cuerpos humanos destrozados en las calles y cuartos. No destruyeron las casas de habitación situadas en las terrazas, pero sus habitantes las abandonaron repentinamente, dejando todas sus herramientas y pertenencias descansando en el lugar de su último uso. Parece que los saqueadores seguían el patrón de comportamiento cultural establecido con Teotihuacan, es decir, la destrucción de los edificios públicos pero no las residencias. Tal patrón perduró en el centro de México hasta la época azteca, cuando la destrucción de los templos era indicación clara de la derrota de un pueblo.

Hirth y Webb (2003) consideran que el acto final de la vida de Xochicalco fue una insurrección de los pueblos sometidos contra los regentes radicados en el centro urbano. Otra posibilidad es que pudiera haber tenido lugar una invasión desde el exterior, quizás de gente procedente de Teotenango (edo. de México), o de Tula (edo. de Hidalgo), ya que, como veremos, el abandono de Xochicalco coincide cronológicamente con ciertos eventos en Tula que marcaban el surgimiento de la ciudad tolteca en su forma más elaborada. Faltan datos arqueológicos sobre lo sucedido en los pueblos localizados en los alrededores de Xochicalco en este momento crítico en su historia, datos que seguramente nos ayudarían a comprender los factores definitivos del abandono de Xochicalco, pero su fin violento nos explica porqué los factores defensivos fueron tan importantes en su fundación.

EL CASO DE HIDALGO

Cambiamos ahora nuestro enfoque desde las áridas tierras de Morelos a las tierras igualmente áridas de Hidalgo, específicamente el valle del río Tula, sede de la ciudad posclásica del mismo nombre y capital de los toltecas, y el fértil llano de regadío que los aztecas llamaron *teotlalpan*, «el jardín de los dioses». Aquí parece que los conflictos entre grupos y pueblos fueron una continua realidad durante el Epiclásico, y un proceso esencial en la formación de la ciudad y la civilización tolteca.

Esta región tuvo una población muy escasa hasta el periodo Clásico y, aún entonces, no estuvo muy densamente poblada. Una gran parte de la población clá-

sica en la región de Tula se concentraba en Chingú, un asentamiento que parece ser una colonia teotihuacana establecida por gente de Oaxaca para explotar los depósitos locales de cal. Sus habitantes abandonaron Chingú al final de la fase Metepec, quizás para regresar al valle de México (Díaz 1980).

Al mismo tiempo, otros pobladores, tal vez procedentes de la zona septentrional de la frontera mesoamericana, el valle de México o quizás ambas áreas, entraron en la región. Algunos de ellos ocuparon los cimbras de los cerros altos que ofrecían excelentes posiciones defensivas, mientras que otros fundaron pueblos en los valles (Fig. 4). Entre los sitios en los cerros, los mejor estudiados son La Mesa, El Magoni y Tula Chico (Mastache y Cobean 1989; Mastache *et al.* 2002), mientras que Chapantongo sería un buen ejemplo de los asentamientos en las tierras bajas (Fournier s.f.). Los pobladores de ambos tipos de asentamientos utilizaban el Complejo Cerámico Coyotlatelco, compuesto por una vajilla completa tanto de tipos domésticos como ceremoniales, muchos de ellos pintados con rojo sobre un

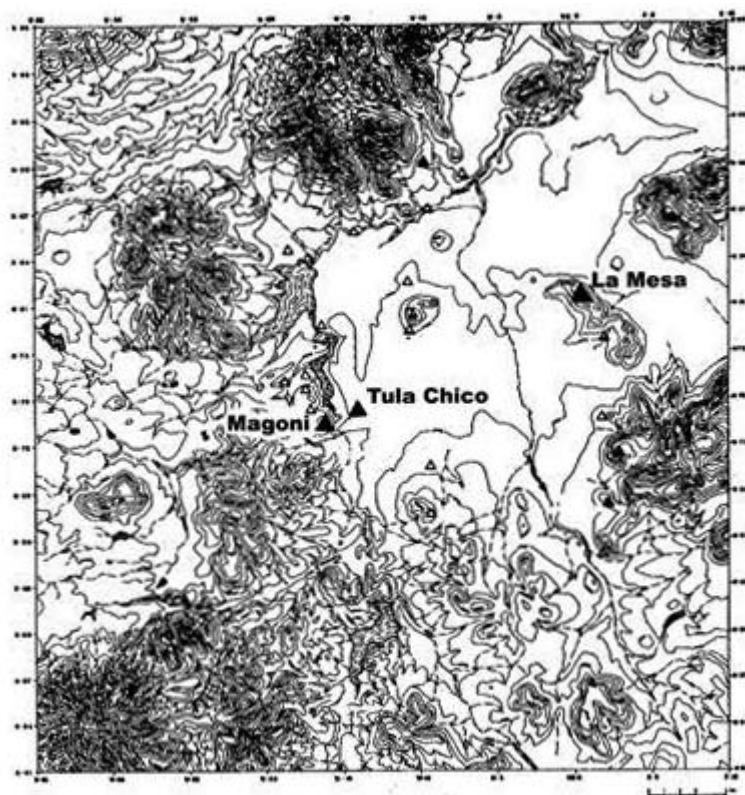


Fig. 4.—Principales asentamientos epiclásicos en el área de Tula (adaptado de Jackson 1990: 11).

fondo bayo. Aunque hay pocos datos detallados publicados sobre estas poblaciones (cf. Mastache y Cobean 1989; Mastache *et al.* 1990; Mastache *et al.* 2002; Solar s.f.), las recientes excavaciones realizadas por Robert Cobean en Tula y Patricia Fournier en Chapantongo, un sitio localizado unos 25 km al norte de Tula, prometen arrojar mucha luz sobre los asentamientos epiclásicos de la región. La mayor parte de lo que sabemos actualmente ha sido producto de un proyecto de larga duración encabezado por Robert Cobean y Alba Guadalupe Mastache del INAH, y resumido en el reciente libro *Ancient Tollan: Tula and the Toltec Heartland* (Mastache *et al.* 2002).

La Mesa

El sitio arqueológico de La Mesa ocupa la cima de un alto cerro con el mismo nombre localizado en el centro del valle de Mezquital. Se encuentra a 2.600 m de altura y sus terrazas, montículos, escaleras y edificios cubren una extensión de 1 km², teniendo una localización eminentemente defendible desde donde se pueden ver las tierras bajas en cualquier dirección (Figs. 5 y 6). El asentamiento parece haberse fundado a mediados del siglo VII, y, según Mastache y Cobean (1989: 56-

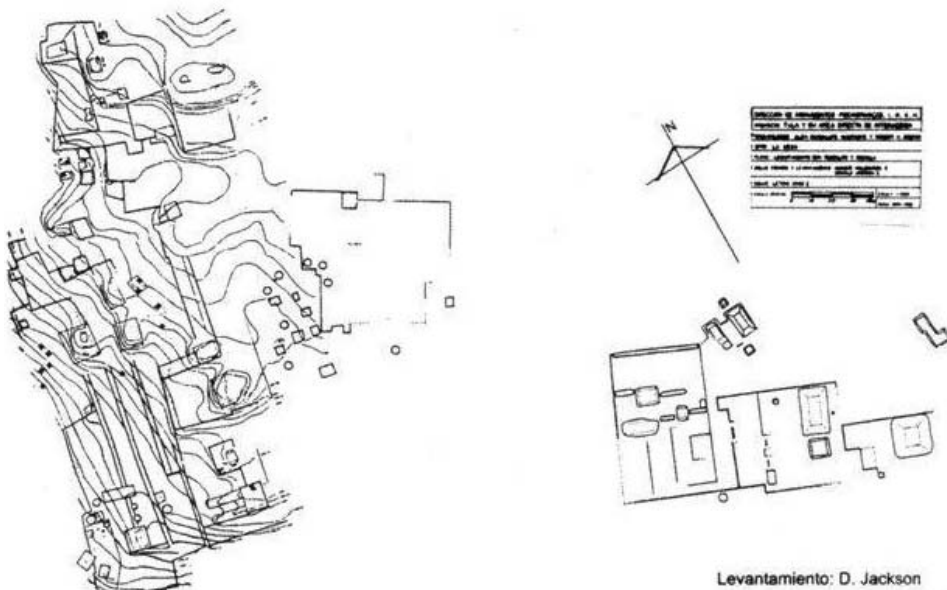


Fig. 5.—Plano del sitio arqueológico de La Mesa, Hidalgo (adaptación de Mastache *et al.* 2002: fig. 4.7).

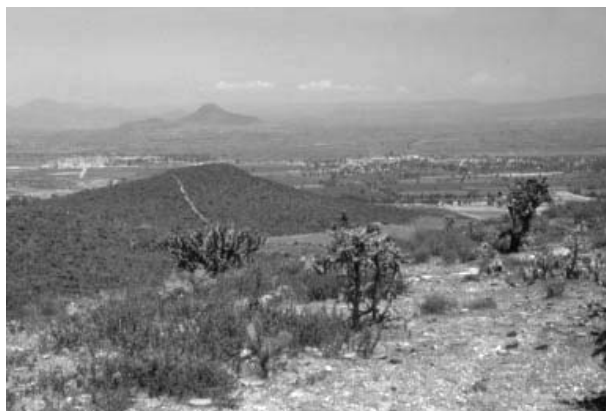


Fig. 6.—Vista de las tierras bajas desde el sitio de La Mesa, Hidalgo.

60), los restos arqueológicos sugieren que los habitantes eran inmigrantes llegados desde el norte, sobre todo por la cerámica estilo Coyotlatelco, las herramientas líticas, especialmente raspadores fabricados de riolita (Jackson 1990), y la arquitectura. Tanto en el caso de La Mesa como de los otros yacimientos ubicados sobre los cerros, llama la atención el hecho de que se encontraran lejos de la tierra cultivable y el agua potable. Mastache y Cobean (1989) proponen que los habitantes se dedicaban al cultivo de maguey, y abastecían sus necesidades líquidas con el pulque. Sin embargo, la comunidad duró apenas un siglo o menos, y nadie, ni siquiera los aztecas, volvieron a ocupar el sitio.

El Magoni

El asentamiento conocido como El Magoni fue aparentemente la comunidad epiclásica más grande y compleja en el sur de Hidalgo. Se encuentra inmediatamente al oeste de Tula, sobre un cerro que lleva su mismo nombre localizado entre los ríos Tula y Rosas. El sitio cubre al menos 4 km² de la cima y las laderas del cerro, y su ocupación pertenece en su totalidad a la Fase Corral de Tula (750-850 d.C.), ya que sus habitantes lo abandonaron antes del principio de la fase Tollan, el florecimiento de la capital tolteca del Postclásico Temprano. Existen plazas, edificios públicos, plataformas y extensas terrazas, todo ello sin excavar, además de minas de riolita con restos de talleres asociados (Mastache y Cobean 1989: 61; 1990). Aunque su situación es muy parecida a la del sitio de La Mesa, la cerámica estilo Coyotlatelco guarda mayores parecidos con la de Tula. Al igual que La Mesa, El Magoni se fundó en una ubicación muy apropiada para la defensa (Fig. 7), y, según indican la presencia de grandes cantidades de raspadores y numerosos



Fig. 7.—Vista del Cerro Magoni desde Tula.

jarrones cerámicos o tinajas de gran tamaño —algunos de más de 50 kilos— fue un centro de producción de pulque. Mastache y Cobean especulan sobre si El Magoni fue uno de los predecesores directos a la ciudad posclásica de Tula pero, como veremos más adelante, existían pueblos más directamente relacionados con la capital tolteca que también pudieron haber jugado este papel.

TULA CHICO

Tula Chico es un recinto de edificios públicos situados sobre una zona prominente en el área arqueológica de Tula. Está rodeado por abruptas subidas en sus lados sur, oriente y poniente, que le sirven como defensas naturales. Hace más de 30 años, arqueólogos del INAH, realizaron un plano topográfico del complejo arquitectónico y excavaron algunos pequeños pozos (Matos 1974). En el año 2004, Robert Cobean inició una serie de excavaciones de mayor amplitud que revelaron restos de gran importancia, los cuales están aún en fase de estudio (Robert Cobean, comunicación personal 2005).

Se sabe que Tula Chico fue el recinto cívico original de la ciudad epiclásica, aunque también existía otro conjunto de edificios públicos contemporáneos bajo el asentamiento de Tula Grande, el núcleo de la capital tolteca durante la fase Tollan (950-1200 d.C.). La ciudad de Tula perduró más de cuatro siglos, durante los cuales sufrió múltiples episodios de cambio y transformación. La etapa inicial de su desarrollo urbano tuvo lugar durante las fases Prado (650-750 d.C.) y Corral (750-850 d.C.) y, hasta la fecha, toda la evidencia con que contamos para ese mo-

mento proviene de Tula Chico. La Fase Prado está representada por una pequeña cantidad de tepalcates dispersos sobre un área de 2 km², y no existe evidencia de arquitectura, escultura u otros restos culturales. Como indican Mastache y sus colegas, esta fase representa la colonización inicial de la que iba a llegar a ser la capital tolteca pero, desgraciadamente, lo único que sabemos sobre este importante evento nos lo proporcionan los mencionados tepalcates. En el Fase Corral hay ya edificios públicos, incluyendo plataformas, templos y juegos de pelota, hasta cubrir 4 km², además de lápidas esculpidas adornando los edificios, cerámica doméstica y ritual y otros restos materiales que señalan la presencia de una civilización típicamente mesoamericana (Fig. 8) (Robert Cobean comunicación personal 2005).

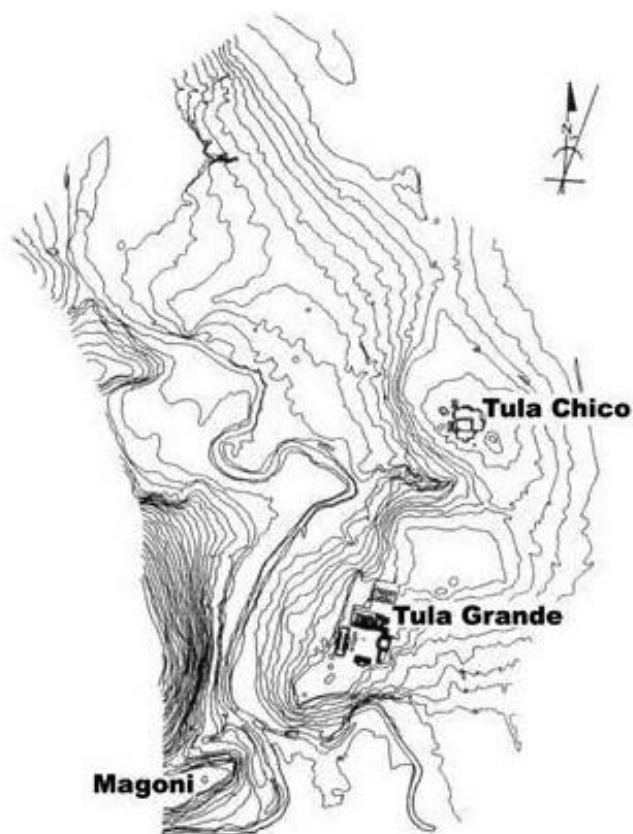


Fig. 8.—Plano de Tula, Hidalgo, durante la fase Corral (750-850 d.C.) (adaptado de Mastache y Cobean 2003: 223).

Al mismo tiempo, los habitantes construían un recinto cívico que formaba el núcleo de la zona urbana que incluía basamentos para templos, salas con techos sostenidos por columnas y, por lo menos, cuatro juegos de pelota. Pequeñas excavaciones realizadas bajo el conocido como Palacio Quemado en Tula Grande, el recinto central de la ciudad posclásica, han revelado restos importantes de construcciones monumentales que se fechan para la Fase Corral, pero no sabemos con exactitud nada sobre su tamaño y características arquitectónicas.

Al final de la fase Corral alguien atacó y destruyó el recinto ceremonial de Tula Chico. No sabemos ni su identidad ni sus motivos. Parece ser un acto de violencia semejante al que tuvo lugar en Teotihuacan tres siglos antes, pero con una diferencia fundamental: en el caso de Teotihuacan la gente siguió viviendo alrededor de las ruinas en tanto que la sociedad y civilización teotihuacana iba declinando, mientras que en el caso de Tula, el suceso de Tula Chico marcó el principio del auge de la ciudad y la civilización tolteca. Durante la siguiente Fase Tollan, Tula Grande emergió como complejo monumental de la ciudad y sede de los gobernantes toltecas (Fig. 9). Al mismo tiempo la antigua zona residencial de la Fase Corral quedó ocupada, pero nadie volvió a poblar el recinto ceremonial de Tula Chico. Este recinto quedó abandonado a tal punto que no sólo no volvió a haber habitantes, sino ni siquiera arrojaron allí basura: no se encuentra ni un

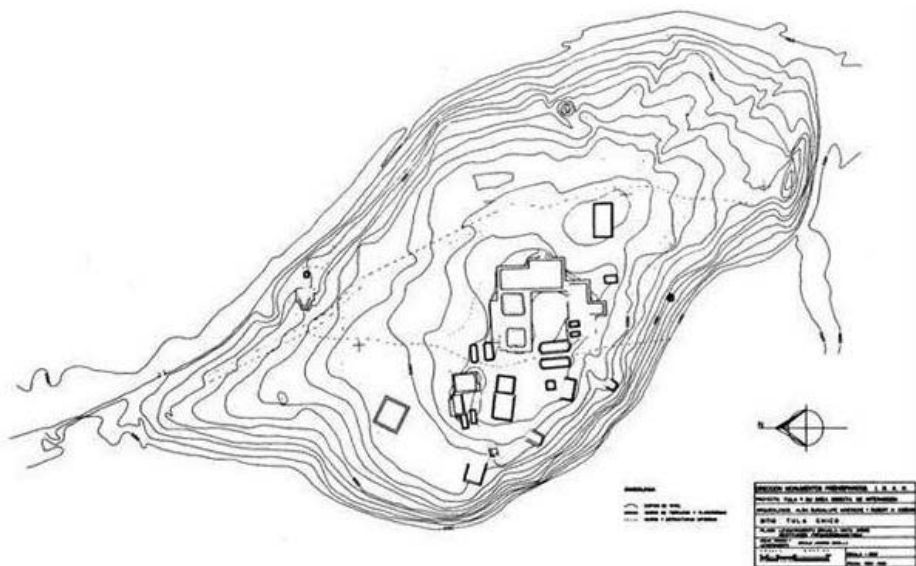


Fig. 9.—Plano de Tula Chico durante la Fase Corral (750-850 d.C.) (adaptado de Mastache *et al.* 2002: fig. 4.12).

solo fragmento de cerámica de la Fase Tollan. Tula Chico se convertía en tierra de nadie, tal vez un símbolo de luchas ganadas o perdidas, o hasta de la huida, sea mítica o verdadera, de *Ce Acatl Topiltzin Quetzalcoatl*. Como quiera que fuera, es obvio que la ciudad tolteca nació en un acto violento que se llevó a cabo en un lugar que sus habitantes consideraban defendible en tiempos turbulentos.

DISCUSIÓN

En 1964 Pedro Armillas postulaba que algunas poblaciones agrícolas en la frontera septentrional de Mesoamérica emigraron al centro de México, causando una serie de conflictos y transformaciones durante lo que ahora llamamos el Epiclásico (Armillas 1964 a y b). Él pensaba que la necesidad de trasladarse se debía a cambios climatológicos de gran escala geográfica que empobrecieron el rendimiento agrícola en esta región marginal, forzando a las poblaciones a buscar localizaciones más propicias. Aunque todavía faltan datos fiables para sostener su postulado climático, hoy sabemos que Armillas tenía razón en cuanto a los movimientos de grupos fronterizos norteños hacia el centro de México y el corazón del estado teotihuacano. Parece que estos movimientos no fueron un solo evento sino que incluyeron a muchos grupos diferentes y sucedieron en el transcurso de varios siglos. Al mismo tiempo, miles de personas fueron abandonando la ciudad de Teotihuacan, también en un lapso de varios siglos de duración. Aunque hay mucho que aprender sobre estos dos procesos migratorios, parece que el sur de Hidalgo fue el destino de muchas de estas móviles poblaciones. También es obvio que los conflictos formaron parte integral de los procesos de acomodación de grupos étnicos tan diferentes en tantos aspectos de su pasado y su cultura: historia, situaciones sociales, económicas, políticas, religiosas y hasta de lengua. Siendo así, no nos debe extrañar que la defensa constituyera una de las bases principales en la selección de lugares para colocar nuevos asentamientos.

Como resultado de lo anterior, es natural que las guerras fueran mucho más comunes en el centro de México durante el Epiclásico que antes. El conflicto era el estado normal de las cosas, no el excepcional, como había sido cuando Teotihuacan mantenía una paz imperial en la región. Aunque muchos arqueólogos creen que los aztecas, y otros pueblos del Posclásico Tardío, eran exageradamente agresivos y militarizados, los datos demuestran que simplemente eran los herederos de un patrón cultural con raíces directas en el colapso de Teotihuacan. No eran una aberración, sino la norma.

También la formación de confederaciones, un agente muy importante en las historias escritas de los mexica y en la formación de Tenochtitlán mismo (pero casi invisible en sus restos arqueológicos), fue un factor integrante del establecimiento de muchos centros urbanos anteriores en el centro de México, el valle de Oaxaca y tal vez en otras partes de Mesoamérica. Estas confedera-

ciones fueron una reacción a las necesidades militares de la vida en todas las épocas pre-Colombinas en el centro de México después de la muerte de la *pax teotihuacana*.

BIBLIOGRAFÍA

- ARMILLAS, Pedro. 1964a. «Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica». En *Homenaje a Fernando Marqués Miranda*, pp. 62-82. Seminario de Estudios Americanistas y Seminario de Antropología Americana. Universidades de Sevilla y Madrid. Madrid.
- . 1964b. «Northern Mesoamérica». En *Prehistoric Man in the New World*, Eds. J.D. Jennings y E. Norbeck, pp.291-329. University of Chicago Press. Chicago.
- CHARLTON, Thomas H. y Deborah L. NICHOLS. 1997. «Diachronic Studies of City-States: Permutations on a Theme— Central Mexico from 1700 B.C. to A.D. 1600». En *The Archaeology of City-States: Cross Cultural Approaches*, Eds. D.L. Nichols y T.H. Charlton, pp. 169-207. Smithsonian Institution Press. Washington D.C.
- COWGILL, George L. 1997. «State and Society at Teotihuacan, Mexico», *Annual Review of Anthropology* 26: 129-161.
- . 2000. «The Central Mexican Highlands from the Rise of Teotihuacan to the Decline of Tula». En *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas Volume II Part 1*, Eds. R.E.W. Adams y M.J. MacLeod, pp. 250-317. Cambridge University Press. Cambridge.
- CYPHERS, Ann. 2000. «Cultural Identity and Interregional Interaction during the Gobernador Phase». En *Archaeological Research at Xochicalco, The Xochicalco Mapping Project: Volume 2*, Ed. K. Hirth, pp. 11-16. University of Utah Press. Salt Lake City.
- DÍAZ OYARZABAL, Clara Luz. 1980. *Chingú: un sitio clásico del área de Tula, Hidalgo*. Colección Científica 90. INAH. México.
- DIEHL, Richard A. 1989. «A Shadow of Its Former Self: Teotihuacan during the Coyotlatelco Period». En *Mesoamérica after the Decline of Teotihuacan*, Eds. R.A. Diehl y J.C. Berlo, pp. 9-18. Dumbarton Oaks. Washington D.C.
- DIEHL, Richard A. y Janet C. BERLO (Editores). 1989. *Mesoamérica after the Decline of Teotihuacan*. Dumbarton Oaks. Washington D.C.
- FOURNIER, Patricia. s.f. «The Epiclassic in the Tula Region beyond Tula Chico». Manuscrito.
- GONZÁLEZ CRESPO, Norberto, Silvia GARZA TARAZONA, Hortensia DE LA VEGA NOVA, Pablo MAYER GUALA, y Giselle CANTO AGUILAR. 1995. «Archaeological Investigations at Xochicalco, Morelos: 1984 and 1986». *Ancient Mesoamerica* 6 (2): 223-236.
- HIRTH, Kenneth G. (Editor). 2000. *Archaeological Research at Xochicalco: The Xochicalco Mapping Project*, 2 Vols. University of Utah Press. Salt Lake City.
- . 2003a. «The Altepétl and Urban Structure in Prehispanic Mesoamérica». En *El urbanismo en Mesoamérica/Urbanism in Mesoamerica, Vol. 1*, Eds. W.T. Sanders, A.G. Mastache y R.H. Cobean, pp. 57-84. Proyecto Urbanismo en Mesoamérica/The Mesoamerican Urbanism Project. INAH y Pennsylvania State University. México y University Park.
- . 2003b. «Urban Structure at Xochicalco, Mexico». En *El urbanismo en Mesoamérica/Urbanism in Mesoamerica, Volume 1*, Eds. W.T. Sanders, A.G. Mastache y R.H. Cobean, pp.

- 257-309. Proyecto Urbanismo en Mesoamérica/The Mesoamerican Urbanism Project. INAH y Pennsylvania State University. México y University Park.
- HIRTH, Kenneth G. y Ronald W. WEBB. 2003. «Xochicalco, Morelos: The Abandonment of Households at an Epiclassic Urban Center». En *The Archaeology of Settlement Abandonment in Middle America*, Eds. T. Inomata y R.W. Webb, pp. 29-42. The University of Utah Press. Salt Lake City.
- JACKSON, Donald. 1990. «Análisis sobre la producción y el uso de lítica en el sitio La Mesa». En *Las industrias líticas Coyotlatelco en el área de Tula*, Eds. A.G. Mastache, R.H. Cobean, C. Rees y D. Jackson, pp. 217-290. Colección Científica 221. INAH. México.
- JIMÉNEZ MORENO, Wigberto 1966. «Mesoamérica before the Toltecs». En *Ancient Oaxaca*, Ed. J. Paddock, pp. 1-82. Stanford University Press. Stanford.
- MASTACHE, Alba G. y Robert H. COBEAN. 1989. «The Coyotlatelco Culture and the Origins of the Toltec State». En *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan: A. D. 700-900*, Eds. R.A. Diehl y J.C. Berlo, pp. 49-67. Dumbarton Oaks. Washington D.C.
- . 2003. «Urbanism at Tula». En *El urbanismo en Mesoamérica/Urbanism in Mesoamérica, vol. I*, Eds. W.T. Sanders, A.G. Mastache y R.H. Cobean, pp. 217-256. Proyecto Urbanismo en Mesoamérica/The Mesoamerican Urbanism Project. Pennsylvania State University e INAH. University Park y México.
- MASTACHE, Alba G., Robert H. COBEAN y Dan M. HEALAN. 2002. *Ancient Tollan: Tula and the Toltec Heartland*. University Press of Colorado. Boulder.
- MASTACHE, Alba G., Robert H. COBEAN, Charles REES y Donald JACKSON. 1990. *Las industrias líticas Coyotlatelco en el área de Tula*. Colección Científica 221. INAH. México.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo. 1974. «Excavaciones en la microárea: Tula Chico y la Plaza Charnay». En *Proyecto Tula. Parte 1*, Ed. E. Matos, pp. 61-69. INAH. México.
- MILLON, Rene. 1972. «El Valle de Teotihuacan y su contorno». En *Teotihuacan: XI Mesa Redonda*, pp. 329-337. Sociedad Mexicana de Antropología. México.
- . 1988. «The last years of Teotihuacan dominance». En *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, Eds. N. Yoffee y G.L. Cowgill, pp. 102-164. University of Arizona Press. Tuscon.
- . 1992. «Teotihuacan studies: from 1950 to the 1990 and beyond». En *Art, Ideology, and the City of Teotihuacan*, pp. 339-429. Dumbarton Oaks. Washington D.C.
- SANDERS, William T. 1956. «The Central Mexican Simbiotic Region». En *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*, Ed. G.R. Willey, pp. 115-127. Viking Fund. Publication in Anthropology No. 23. Wenner-Green Foundation for Anthropological Research. Nueva York.
- SANDERS, William T., Jeffrey R. PARSONS y Robert S. SANTLEY. 1979. *The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*. Academic Press. Nueva York.
- SOLAR VELÁSQUEZ, Laura. s.f. *Epiclassic Cultural Dynamics in the Mezquital Valley*. Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies, Inc. (FAMSI Reports: <http://www.famsi.org>).
- WEBB, Malcolm. 1978. «The Significance of the Epiclassic Period in Mesoamerican Prehistory». En *Cultural Continuity in Mesoamérica*, Ed. D. Browman, pp. 155-178. Mouton. The Hague.

